



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(José Estrañi)



Ilustre pacotillero,
no hay pena que no mitigue
con su gracia y su salero.
Se quedó sin voz... ¡y sigue
cantando como un *jilguero!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Crueldad del placer, por Luis de Ansoarena.—El voto de las botas, por Juan Pérez Zañiga.—El misterio eterno, por Simasio Delgado.—Palique, por Clarín.—Va no hay amor, por Roberto Dupay de Lóma.—La visita al bogar, por Eduardo de Palacio.—Menudencias, por Federico Canalejas y Fernando A. Cienfuegos.—Chismes y cuentos.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas José Estrada.—La conciencia sablevada.—Dramas íntimos.—Hacienda pública.—Cambio de estación.—Injusticias sociales (dos viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

(EN FUENTERRABÍA)

Con motivo de las corridas de toros en Dax ha habido aquí gran movimiento. Los bañistas han hecho viajes a la bella ciudad francesa para presenciar las fiestas, entre las que figuraba en primer lugar la batalla de *confetti*.

En Bayona habrá también corridas, y ya estamos todos dispuestos a asistir, cueste lo que cueste.

Para estas cosas somos atroces los de Fuenterrabía: en tocándonos la cuerda del arte, lo mismo nos importa gastar uno que dos, que nueve, que doce. ¿Va a trabajar Sarah Bernhardt en el Gran Casino de la bella Easo? Pues al Gran Casino, y la familia que perezca. ¿Van a torear en Dax Gnerita y Reverte? A Dax los de Fuenterrabía, y venga después el diluvio.

Aquí estamos dispuestos siempre a emprender viajes; bien es verdad que si no viajamos, ¿qué hacer? No tenemos casino, ni reuniones, ni aquí se hace vida de playa, ni hay teatros, ni paseos.

Sánchez Pastor y yo somos los únicos que tomamos café públicamente en Fuenterrabía. Los demás veraneantes lo toman en el seno del hogar, rodeados de sus pequeñuelos; de modo que si queremos un poco de reunión, tenemos que irnos al Casino de Irún o buscamos un bañista simpático y le decimos:

—Hombre, háganos usted el favor de dejar por breves instantes a su familia y véngase a constituir tertulia al café de Santos, porque ya nos hemos dicho Sánchez Pastor y yo cuanto teníamos que decirnos, y necesitamos nuevos elementos de conversación y nuevas emociones.

Buena es la paz de la aldea y el reposo del alma; ¡pero no tanto!

Sin duda para salir de esta tranquilidad es por lo que viajan frecuentemente los de Fuenterrabía: con cualquier pretexto toman el tren en Irún para irse a San Juan de Luz, a Biarritz, a Bayona, a San Sebastián, al mismo Hendaya.

Hay, sin embargo, uno que otro momento durante el día en que se nota animación en esta ciudad, y es cuando vienen a bañarse las familias de Irún o cuando llegan los iraneses de buen humor a merendar en la fonda de Santos.

Picavea, Pedrós, Iribarren y algunos otros vecinos de Irún vienen casi todas las tardes a destruir la monotonía que nos envuelve, y entonces se organizan animadas *soirées* donde bailan y cantan las jóvenes bañistas, algunas de ellas preciosas.

También tenemos un niño inspirado, aunque feo, que recita escenas del *Tenorio* en una casa de la ciudad. El padre nos dice de vez en cuando:

—Esta noche tendríamos mucho gusto Micaela y yo en que viéisen ustedes a oír a Marianito, que va a *esbar* una relación nueva.

Al principio, cuando le oíamos decir que iba a *esbar* eso, pensábamos si echaría la solitaria o la papilla, y luego veíamos que se trataba de una expulsión de redondillas.

Al niño le quieren dedicar a la *esbar*, como dice el papá, que es de Motril; y yo creo que hacen bien en dedicarle, para que se vaya lo antes posible de Fuenterrabía.

Las noches de función, digámoslo así, los papás iluminan la sala con un quinqué de petróleo; pero como no suele estar bien

recortada la mecha y hace un pico, el tufo se nos mete por las narices y hay quien se pone a morir.

Al niño, que tiene dos bultos a ambos lados del cuello, el uno ya operado y el otro no, le coloca su papá en medio de la sala y a una señal suya comienza a echar versos por aquella boca que parece que nos va a tragar a todos:

*Va a las cabañas bajé,
yo a los palcos subí...*

grita desaforado y manotea y se retuerce los dedos con desesperación, y a la mamá se le caen las lágrimas de júbilo y el papá sonríe diciéndonos aparte:

—¡Parece mentira que esta criatura haya sido creada por mi y no haya sabido yo lo que creaba! Este es un monstruo.

—Sí, señor, un verdadero monstruo—le digo yo.

—Es algo feo—añade el papá,—pero yo espero que mejor. ¡Si viera usted cómo era yo de chiquito! Parecía un lagarto, y ya me ve usted hoy. Todos los de mi familia hemos sido así. Tuve yo una hermana a quien no había nodriza que quisiera darle el pecho, y cuando la fueron a bautizar tuvimos que darle colorete, porque el cura no quería admitirla en el seno de nuestra madre la Iglesia; pues luego mejoró mucho y hoy está casada con un diputado provincial.

Si no fuera por estos espectáculos que nos proporciona el de Motril, la existencia resultaría algo sosa en Fuenterrabía.

Después de la función los espectadores somos obsequiados con unos bollos que hace la señora de la casa, y yo no sé qué es peor, si el niño dramático o los bollos de la madre.

En fin, hay que tener paciencia con este niño y estos bollos, y pedir a Dios que nos hagan en Fuenterrabía un casino donde pasar las noches y a Noherlesoom un poco de caridad, pues nos llueve demasiado.

Luis Taboada.

*

Crueldad del placer.

I

Hambriento, mal vestido y traspasado
por un frío glacial
que le hiela las lágrimas que vierte,
vuelve a su pueblo Blas;
pueblo que, en busca de mejor fortuna,
hace tiempo dejó,
y al que regresa sin haber logrado
su insensata ambición.
Lo ve a lo lejos, se detiene, y dice
con ansiedad cruel:
—Dejé a mi madre y a mi amor. ¡Dios mío!
¿qué es lo que encontraré?
Mi madre, de seguro, no ha olvidado
al hijo que marchó...
¡He sentido en mi alma tantas veces
el eco de su voz!
Secreto instinto me decía: ¡ahora
por ti rezando está!
¡Ha desgastado tu retrato a besos!
¡Lo que le haces llorar!
Vuelve... sus brazos con amor te esperan...
¡Que deje de sufrir!
Vuelves como te fuiste... ¿Qué le importa,
si ella te quiere así?...
Hundida en la tristeza de tu marcha,
no vió tu ingratitude...
Vive en la sombra desde entonces... ¡Sólo
tu presencia es la luz!
Sí, de la madre que me dió la vida
nada puedo temer...
Pero... la otra mujer que me ha jurado
firme y constante fe;
la que sobre los besos infinitos
que mi madre me dió
besó sólo una vez... y aún de su labio
siente el mío el calor;
la que, clavando en mí sus negros ojos,
dijo al verme partir:
«¡Taya será ó de nadie!»... esa... Dios mío...
¿se acordará de mí?...
Y esclavo de la duda que le abraza
su camino siguió,
murmurando:— Adelante. ¿Qué me esperas?
¿La dicha ó el dolor?

II

Y ya casi á la entrada de la aldea detuvo el paso Blas, viendo venir en dirección contraria al cura del lugar.

—Este es seguro que sabrá la suerte que me espera, pensó; y ¿Me conoce usted? le dijo al viejo con balbuciente voz.

Mirándole un momento atentamente respondió el cura:—¡Sí!... y añadió al abrazarle:—¡Al fin volviste!

—Sí, padre, vuelvo al fin; mas, como ignoro lo que aquí ha pasado desde que yo marché, tengo miedo de entrar, y por su boca lo quisiera saber...

¿Mi madre?... Bajó el cura la cabeza diciendo:—¡Ten valor!

Ya no te espera aquí... ya no la buscas... ¡Tu ausencia la mató!

En vez de besos, tu oración reclama... Yo la he visto morir.

y en el postrer instante de su vida pensaba en Dios... y en tí!

Lanzando Blas desgarrador sollozo, — ¡Madre mía! — exclamó.

¿Quién pudiera volver á darte vida para darte mi amor!

Y después de una pausa alzó hacia el cura su descompuesta faz.

—¿Y la mujer, le preguntó, que adoro... ¿me ha olvidado quizás?

—No te ha olvidado, y con afán te espera... — ¡No ha muerto su pasión!

Y al escuchar lo que decía el viejo, el joven sonrió...

III

Viendo á Blas dirigirse hacia la aldea, dichoso al parecer, inclinó el cura la cabeza y dijo:

—¡La ventura es cruel!

Roguemos por el alma de la pobre que murió de ansiedad...

Porque ése, ante la tumba de su madre... ¡qué poco va á rezar!...

Luis de Ansorena

EL VOTO DE LAS BOTAS (1)

Cuéntase que ante el altar y por ocultos motivos don Guillén de los Olivos hizo el voto singular de ir á pie desde Betanzos á unas ermitas remotas; pero llevando en las botas metidos unos garbanzos, necesaria condición impuesta precisamente como un aumento evidente de la mortificación.

Y era tanto su interés, que hizo á Dios promesa igual en nombre del más leal de sus vasallos, de Andrés. Es decir, que Andrés tenía que ir á pie con su señor sufriendo el mismo dolor que su señor sufriría.

Dijole un día Guillén: «Hoy salimos de Betanzos; ponme y ponte los garbanzos».

Y Andrés dijo: «Está muy bien».

Y á las ermitas remotas se dirigieron sin pena; pero con una docena de garbanzos en las botas.

No bien sirviente y señor lanzáronse á caminar, se hubo Guillén de sentar vencido por el dolor, y exclamó: «¡No bien salí cuando ya el martirio noté! Pero ha de cumplirse el voto y no ha de quedar por mí. Mas tú ¿qué dices, Andrés? ¿Los garbanzos no te estorban?»

«Las piernas no se te encorvan por el dolor de los pies?»

—Yo... si el señor no se enfada... (respondió Andrés encogido) diré... que voy aburrido, pero no me duele nada.

Ande otro poco el señor y en el ventorro inmediato descansaremos un rato é iremos después mejor.

—Vamos ya (dijo Guillén). En pie los dos se pusieron y su camino siguieron andando bastante bien.

Mas cien pasos no andaría Guillén cuando resolvió sentarse y así exclamó: «¿Qué garbanzos, madre mía! ¿Y cómo hasta terminar con ellos voy á seguir, si no los puedo sufrir ni me los debo quitar?»

Hecho pedazos los pies, alzó Guillén la cabeza y advirtió con extrañeza la resistencia de Andrés, que siempre del amo en pos triscaba como un cordero por el angosto sendero que iban hollando los dos.

«Andrés (le dijo), ¿no notas angustias hasta en el vientre con doce garbanzos entre las calcetas y las botas? ¿No llevas en cada pie seis libras?»

—Yo no.

—¿Qué extraño!

Pues si á ti no te hacen daño, ¿qué razón hay para que los garbanzos maldecidos me den dolores agudos? — Señor... que os los puse crudos

y yo los llevo cocidos! Y lo hice por ver si así, cuando á lugares remotos os larguéis á cumplir votos, me dejáis en pat á mí.»

Juan Pérez Zúñiga

*

LA CONCIENCIA SUBLEVADA



—¡Quítese usted de ahí, so mentigo! ¡Pues no se atreva á ofrecermela un real por subir una carta á la próxima del tercerol! ¿Por quién me habrá tomado á mí el sinvergüenza ése? ¡Si cree á que he quedado yo pa hacer esos oficios... por menos de cuatro pesetas!

*

El misterio eterno.

Desde que existe el hombre, y ya hace días, odia, desea y ama, sin que siglos y siglos de experiencia le sirvan para nada.

Siendo el amor la base de la vida, según pruebas palmarias, no se ha dicho á estas horas ni siquiera la primera palabra.

Las sensaciones físicas se entienden, se explican en las cátedras, y todos saben ya cómo los músculos los nervios y las glándulas se conmueven, y vibran y funcionan del placer en las ansias, y por qué en la materia repercuten los pesares del alma.

Pero ya nada más. De los afectos, de su razón y causa no se ha dicho una frase todavía con algo de sustancia.

Tenía dos criadas mi patrona muy lindas, muy serranas, igualmente robustas y expresivas y animales y zafias.

Los huéspedes andábamos, es claro, detrás de las criadas, porque eso es inherente á los estudios desde tiempos de Wamba.

Y... aquí entran ya las dadas *piccológicas* que me embrollan y embargan:

(1) Del libro en preparación *Castaños de Indias*.

¿por qué, si eran las dos bravas, cerriles
y jóvenes y guapas,
y las dos me pegaban puñetazos
en cuanto me acercaba,
no deseaba yo de igual manera
los encantos de entrambas?
¿Qué fluido especial y misterioso
me impelia á la Paca,
y me hacia á la Pepa repulsiva!
como un tratado de álgebra?
¿Qué fuerza es la que mueve en esos casos

la voluntad, y manda
querer ó despreciar, sin un motivo
ni cosa que lo valga?

—
¡Ah! bien decía Vega en un sainete:
las ciencias adelantan,
Pero en cuestiones amorosas, todos
estamos siempre en Babia.

Sinesio Delgado.

Dramas íntimos.



—Á última hora resultó que él era casado. ¿sabes, chico? Y se presentó la señora en los baños y nos armó un escándalo que temblaba el misterio. ¡Ay! yo tuve una sofocación muy grande.

—Y tu marido ¿qué hizo?

—Pues... no tuvo más remedio que pedir explicaciones al otro, por *habernos* engañado miserablemente.

PALIQUE

Ha dicho Cánovas, según dicen, que estamos en situación parecida á la de la guerra de la Independencia. Solo que al revés. Entonces luchábamos por ser independientes y ahora luchamos por que no lo sean ni cubanos ni filipinos. Nosotros, entonces, teníamos derecho á la independencia, y los filipinos y los cubanos no lo tienen.

Entonces Murat era enemigo, y ahora es amigo.

O lo parece.

Y entonces había un Fernando el Descado á la otra parte de los Pirineos.

Y ahora, en Francia, sólo tenemos... á Rothschild.

Y el Pepe Botella de ahora no es tuerto (ni el otro), es bizco.

**

No, no nos parecemos á los tiempos de la guerra de la Independencia. Mas bien nos damos un aire (colado) á los tiempos en que

así rondando,
perdimos á Portugal,

como dijo Serra.

El Sr. Cánovas, historiador de la decadencia de la monarquía española, debe recordar al Cojo y á la Perdiz y á Valenzuela; aquellos personajes que parecen resucitados en los Bosch, Romero, etc., etc., salvo el sexo de la Perdiz.

**

Lo único que tenemos de la guerra de la Independencia es... el general *No importa*. Pero ya no es general: es soldado raso, carne de cañón y de ferrocarriles.

**

Y lo malo es que... es demasiado *No importa*. Porque, santo y bueno que diga «No importa» al peligro, enfrente del enemigo.

Pero enfrente del Gobierno debiera llamarse *Importa mucho*.

Y pedirle cuentas del dinero, del crédito, de las rentas, de la sangre del pueblo, que se vierte, como decía el Sr. Gamazo, sin que los que van á morir sepan cómo ni por qué se dejan matar.

¡El general *No importa*!

No hay sangre como la suya.

Pero es demasiado poco nervioso.

**

Y además hay que distinguir.

No son los españoles, así, en general, los que son tan valientes, y tan buenos patriotas; los que van á morir por España.

Son algunos españoles.

Precisamente los que no tienen tiempo para darse bombos colectivos en los periódicos.

Los que escriben en los periódicos y en folletos, días y días, que *somos* leones, que no degeneramos, que *verteamos* esto y lo otro, no vierten más que tinta; ni son tan fieros como se pintan.

El papel de capitán Araña podrá ser útil, podrá ser honrado en ocasiones... pero lo que es glorioso no puede serlo nunca.

De modo que los que se están dando tono porque embarcan gente, deben ser más modestos... y sentir los remordimientos que otros sentimos, en silencio (por lo común), porque nos quedamos por acá.

Yo ya sé que por la ley, por la edad, por varias otras circunstancias, puedo, legítimamente, quedarme en la Península... pero la verdad, si fuera un héroe... no me quedaría.

Y lo que digo de mí lo digo de millones de ciudadanos que están en el mismo caso.

En todo hay grados. Yo me veo en una inmensa inferioridad respecto del buen patriota que, á los cuarenta años, deja, sin obligación y sin esperanza de ganar fajas ni galones ni cruces, familia, comodidades, tierra querida, clima benigno, etc., etc., para ir á pelear y á morir de horrible enfermedad acaso.

Pero me creo un poco más alto, por el pudor patriótico, que el vocinglero métome en todo, correveidille que perora en Congresos, se bate en los periódicos, organiza fiestas, batallones de voluntarios, despedidas *entusiasmadas* y reparte media docena de puros entre los reclutas ó regala á un voluntario un traje de rayadillo con el mismo aire sublime con que Guzmán el Bueno arrojó la daga, ó lo que fuese, desde los muros de Tarifa.

Hacienda pública.



—El Gobierno ha sido muy débil. Yo que él no concedo auxilios á las compañías por menos de mil quinientos millones ciento veinticinco pesetas. Los mil quinientos millones para atender á la guerra de Cuba y los veinticinco duros para taponar la boca al carnívero...

Ya sé, ya sé que alguien ha de hacer ciertas cosas; dicho de lo que el capitán Araña podía ser útil... pero los que hacen todo eso... y se quedan tan satisfechos y tan por acá no debieran alborotar tanto ni consentir que la prensa cacarease sus hazañas y su nombre.

Yo, equivocando casi la presencia de los bravos y abnegados hijos de España que van, para evitar comparaciones que no me dejan muy airoso, tal vez con un poco de secreta envidia, como la que también inspiran los santos mártires, podré no ser muy simpático, y de fijo no tengo, por tal concepto, nada de Daoiz. Pero el que, sin aprensión siquiera; sano, fuerte, acompaña á los que van... hasta el vapor... y da la vuelta con cierto aire de Empecinado, y se va al periódico á contar lo que hizo y lo que *embarró*... ése me parece que tiene más dura que yo la epidermis del patriotismo.

**

No, no se diga que estamos como el año 8 y el año 12. Hay diferencia.

No siendo los militares de carrera, que van porque lo quiere la suerte, y los soldados que van porque lo manda la ley, y los voluntarios (que lo mismo están entre los que van espontáneamente nada más y entre los que van por obligación, pero además de buen grado); no siendo esos nobles de la patria y de la sangre ¿quién padece aquí de verdad? Nadie. Es claro que no se cuenta á los que su-

fran por incidentes: padres, esposas, hijos, etc., etc. Esos pueda decirse que son también, porque les llevan las entrañas. Pero ¿quién no tiene allá hijo, padre, marido, hermano que padece por España? Es claro que las consecuencias de la guerra nos cogerán a todos... a la larga; pero como nos coge, por la solidaridad económica, el daño de una mala cosecha, de las huelgas, de las crisis monetarias; etc., etc. Mas dígame: ¿quién ha dejado de tratarse con todo el regalo que puede, como hasta aquí? Todos esos armadores de patriotismo ¿han sentido en el estómago ni en el bolsillo los males de la patria?

Un gran sacrificio general de veras, que coja a todos, y seriamente, no se ha pedido siquiera. La torpeza de legisladores de abstracciones hace en *rigorosa ley* que los graves momentos actuales no exijan de las fuerzas del país lo que en *justicia* se debe a España ahora, si en efecto estamos con el agua al cuello.

Seamos francos. ¿Damos a la pérdida de las últimas colonias que nos quedan la importancia que daríamos a la invasión de la Península? ¿Sí ó no? Si se la damos, como dicen todas las retóricas que hoy se estilán, lo que *hacemos* es todavía muy poco (porque son *pocos* los que lo *tienen* que hacer). Si perder a Cuba es menos grave que perder una provincia de acá, entonces acaso bastó lo que estamos (están algunos) haciendo; pero, en tal caso, que no se nos compare con los que defendieron a Cádiz y a Zaragoza. Yo creo que ninguna nación defendería con tanto esfuerzo y sacrificio sus colonias.

Pero nosotros ¿no hemos convenido en que Cuba es como un pedazo de la Península que tenemos allende el Atlántico?

Y si estuvieran los *extranjeros* tomando a Sevilla ó a Barcelona, ¿nos estaríamos la inmensa mayoría de los *patriotas* con esta calma, veraneando, del *rey abajo todos*, y tan metidos en nuestros negocios y nuestras diversiones, y sin más sacrificio que leer las noticias de la guerra y decir que aquello está muy malo y que *al Estado* le va a costar un sentido este *esfuerzo nacional*? (Cada cual ya verá la manera de pagar la menor cantidad de contribución posible.)

Si estuvieran los bárbaros a las puertas de Roma, ¿tendrían *cachaza* los de no sé qué pueblo para presenciar una corrida de veinticuatro toros?

¿O será que somos, como decía un noticiero popular hace días, hijos *espurios* de España, así *espurios*, con *i*, para mayor *inri*?

Clarín.

CAMBIO DE ESTACIÓN



—Ya refrescan las noches, Valeriano.
—Pues ya lo creo que refrescan, cuando pero tengo un seguro *coherencia* que me permite la ilusión de que es de invierno la ropa de verano!

Ya no hay amor.

Refieren que cierto día Venus y Amor paseaban, sin notar que caminaban del tren por la férrea vía.

Amor corriendo y jugando, siempre niño y siempre loco, no advirtió que poco a poco de Venus se iba alejando.

Va coge aquí sonriente flores que al punto deshoja; más allá, su dardo arroja sobre paloma inocente.

De pronto, agudo silbido que se pierde en lontananza anuncia que el tren avanza cual reptil embravecido.

Veloz, ensordecedora, sale del túnel cercano y va devorando el llano la rauda locomotora.

Venus tiembla y llama al niño, pero el monstruo, que avanzaba

con estrépito, apagaba las voces de su cariño.

Y Amor, que alegre corría tras pintada mariposa, vió la máquina horrorosa cuando encima la tenía.

Lanza un gemido su pecho, el monstruo avanzando ruge, y el cuerpo del niño cruje bajo las ruedas deshecho.

Y encima del cuerpo inerte el tren, que rauda se aleja, su negro penacho deja como sudario de muerte.

Venus presa del terror, sobre el hijo se abalanza y, al ver sus despojos, lanza un grito desgarrador.

Y, del dolor bajo el peso, clama con duelo profundo: «Ya no hay amor en el mundo, porque lo mató el progreso».

Roberto Dujuy de Lôme.

La vuelta al hogar.

No dejaba en mi pueblo padre ni madre cuando partí para América.

No porque no los hubiera tenido, a Dios gracias, sino porque habían muerto, después de mi nacimiento.

Pero dejaba a mi tío, que me había servido de madre, y a mi tía, que me había servido de padre.

¡Qué carácter el de mi tía! Era aquella mujer un romano del salto Imperio.

¡Qué carencia de carácter la de mi tío! Era aquel hombre una esclava griega.

También dejé en el pueblo a Casilda.

Luz de mis ojos, alma de mi alma y vida de mi vida.

Amor tiernísimo y puro que me dominaba y rendía.

Le juré fidelidad y ella me juró lo mismo.

—Voy a Buenos Aires—le dije,—ya ves, clima delicioso; Buenos Aires, sanos y templados; a la República Argentina, donde todo es de plata, como el mismo nombre lo dice; a la Plata, al Uruguay, al Paraguay: al Uruguay, que significa «Oro-hay»; al Paraguay, ó «Paraguas-hay», y donde puede vivir el hombre es donde lo hay, sea lo que fuere, y no en España, donde no hay más de cinco duros para todo, y se reparten y van y vienen de unas manos a otras.

Y, dejándola desolada, partí.

Por otra parte, yo no sentía apego a la vida militar, y la quinta estaba encima.

No vacilé y salí del pueblo.

Me he detenido algunos años más de los que me había propuesto pasar en el otro mundo.

Quince años nada más.

Quince años que son quince generaciones, cuando se pasa el tiempo lejos del suelo en que nacimos, del sol con que nos amantaron, del campo que nos vió crecer y engruesar.

¡Ah!

Cuando me vi en tierra, después de penosísima navegación marítima, no daba crédito a mis pies ni a mis ojos.

—¡Por fin vuelvo a mi patria!—exclamé, y caí de hinojos a los pies de un carabinero, quien, sospechando por esta acción que yo traía contrabando, me ordenó con modales bastos:

—A ver, abra usted el baúl, la maleta, la petaca...

—Pida usted que me abra de par en par—repliqué humilde y cariñoso;—usted no puede apreciar lo que es regresar a su país después de haber vivido ausente de él.

—Lo sé todo—respondió muy seco,—y lo que no, lo adivino. Abra usted el baúl y acabemos.

Pero la emoción indescriptible fué cuando emprendí el camino de mi pueblo.

—Hube de realizar la última etapa de mi viaje en *caballerías menores*, por su clase, no por su edad.

Éramos cinco.

Tres pollinos, un arriero y yo.

En dos pollinos mi equipaje y el dueño de las bestias; en la otra yo solo.

—¿Cómo estará mi pobre tía? Ya tendrá cincuenta y seis ó cincuenta y ocho años. Mi tío también «habrá cerrado ya». ¿Y mi Casilda? ¿Me esperará cariñosa, confiando en mi palabra? ¿Tendrá familia? ¡Oh! apartemos este cáliz de amargura.

Era una tarde del mes de Junio cuando emprendí el camino desde la estación a mi pueblo.

¡Ah! Cuando yo partí aún no había estación, ni ferrocarril.

¡Dichosa edad aquella!

Pero no precipitemos los acontecimientos.

La tarde avanzaba poco á poco, según suele suceder en las tardes de Junio, y aun en las de otros meses del verano y del invierno.

La atmósfera estaba saturada con esos aromas campestres que inútilmente buscaréis en los salones ni en los palacios.

El romero, el tomillo, el cantueso, el fulano y tantos otros igualmente apreciables.

Armé conversación con el arriero y le pregunté:

—¿Usted es del pueblo, amigo?

—Pues ¿de dónde quiere usted que sea? ¿De algún redil ó de alguna cochera?—me preguntó con primitiva y bárbara inocencia.

—Quiero decir del pueblo adonde vamos.

—Pues sí, señor; aunque no hace mucho tiempo.

—¡Ya!

—Porque he nacido dos horas más allá.

—¿Dos horas?

—Sí; pero me vine aquí, ogaño hará seis ó siete meses.

Y continuó hablando.

Casi me arrepentí de haberle dado cuerda.

Su conversación no me interesaba; seguramente no conocería á los vecinos, ni podría facilitarme noticias que tanto me interesaban.

Y en cambio interrumpía mis sueños, mis fantásticas imaginaciones.

Por fin vi destacarse en el horizonte, sobre fondo sobredorado de la última postura del sol, el contorno de mi lugar.

Primero la torre terminada en una cruz, después los tejados, luego los edificios.

Iba oscureciendo lentamente.

¡Ah, cuando yo partí, pobre y triste, también fué á boca de noche! Ahora regresaba rico, pero triste también, más triste.

En estas meditaciones iba distraído, cuando á uno y otro lado del camino aparecieron hasta cuatro ó cinco hombres.

—Honrados campesinos que regresan al hogar, pensé.

En pocos momentos nos vimos rodeados los burros y nosotros. Sentí como un palo en la cabeza y... ¡ah!

Entonces caí de mi burro.

Cuando volví, no en él, sino en mí, todo había concluido.

Es decir, me habían robado hasta el último céntimo.

Hasta los borricos y el preceptor de los mismos, ó sea el arriero, habían desaparecido.

Proseguí á pie mi viaje, aunque molidos los huesos...

—¿Por qué? ¿por qué volví?

De la iglesia salían varias personas.

¡Un bautizo!

Mi tía había dado á luz un robusto infante.

¡Qué sinvergüenza! ¡A los cincuenta y tantos años sentirse madre!

Mi Casilda... ¡oh! aquello fué horrible para mí: se había casado á los quince días de salir yo del pueblo, con semillas de bendición.

Y mi tío...

Mi tío era el jefe del pelotón que me desvalijó antes de llegar al pueblo.

Aquella noche me quedé debajo de un árbol, y lloré.

¡Noche triste!

Lloré como Colón y Riego.

Eduardo de Palacio.

Menudencias.

¡Qué imprevisión la mía, Clara bella!
Darte un beso á traición... ¡sin mirar antes
que estaba á tus alcances la botella!

Peca cuanto se te antoje
sin temor al fuego eterno;
pero has de tener cuidado
en arrepentirte á tiempo!

—Como una gran lisonja, el pobre Herrera
dijo que una pulsera de cualquiera
me sirve á mí de cinturón.

—¡Ay, hija!
¿pues qué querías tú que te dijera?
—¡Que podía servirme una sortija!

FEDERICO CANALES.

Nicomédes, vos queredes
pasar por rico, y á fe
que todos sabemos que
ni comedes ni bebedes.

—¡Mozol! retira este plato,
grita un señor, de ira lleno.
—¿Ha hallado usted algún bicho?
—No; pero he encontrado un pelo.

El mozo, mirando al huésped,
que está más calvo que un huevo:
—Si hallara usted una peluca
ya era otra cosa, ¿no es eso?

FERNANDO A. CIFUENTES.

INJUSTICIAS SOCIALES



Así andaba por esas calles Colesillo cuando se dedicaba á robar pañuelos.



Y así anda desde que se dedicó á robar millones.

CHISMES Y CUENTOS.

Todos los políticos y casi todos los periódicos, caídas las alas de los respectivos corazones, se han dedicado estos días á entonar un tristísimo y continuado *de profundis*, con motivo de las calamidades que afligen á la patria.

Todo ello se reduce á unas cuantas variaciones lacrimosas de aquella casi célebre frase del presidente del Consejo:

«Desde la guerra de la Independencia acá no había atravesado España por circunstancias tan difíciles.»

Y ¡qué demonio! claro es que no estamos para bailar de gusto, pero tampoco es conveniente que venga un achicamiento del ánimo á consecuencia de la pérdida de la memoria.

Porque allá por los años 73 y 74 creo yo recordar que teníamos guerra civil en el Norte contra un enemigo que disponía de ochenta mil hombres disciplinados y valientes, guerra cantonal en el Mediodía y Levante contra una gente brava que destruía barcos, quemaba fábricas y daba lugar á que se bombardearan ciudades, y guerra en Cuba contra los propios Gómez y Maceo que ahora corretean por la manigua.

Item más el crédito andaba por los suelos, pues estaba á 13 ó 14 por ciento el papel de la deuda, y se arruinaba el comercio y se paralizaba la industria, y...

Y ya ven ustedes cómo salimos adelante sin estas lamentaciones cursis.

Aquí no hay más que una desventaja para los tiempos presentes: Que están Cánovas en el poder y Sagasta en la oposición, cuando debían estar en sus casitas presenciando como *curios* espectadores el desarrollo de los acontecimientos.

Las cosas claras.

La historia de siempre:

«Dos soldados, procedentes de Málaga, llegaron a la estación del Mediodía. Un *ganchó* se acercó a los recién llegados para ofrecerles una casa de huéspedes.»

Los soldados aceptaron el ofrecimiento y se examinaron con el acompañante a una casa de la calle de Santa Isabel, donde dejaron su equipaje. Acompañados por el mismo sujeto *arrivaron* en otra casa, donde les hicieron pagar noventa y siete pesetas por una botella de manzanilla y alguna otra cosa.

Después en la casa de huéspedes les cobraron por comer treinta y ocho pesetas, y otras trece más por gastos menudos, concluyendo, en fin, por darles tres duros falsos en la vuelta de un billete.»

«Han acabado ustedes de leer todo eso con paciencia?»

Bueno, pues ahora digan ustedes conmigo:

—¿Para qué están los sótanos del gobierno civil? ¿No están para zambullir en ellos al ganchó, al dueño de la casa de huéspedes y al del establecimiento de *lujó* donde vale cerca de veinte duros una botella de manzanilla, y dar a los tres sendas polizas de esas que acaban con un hombre lento pero seguramente?

Porque el Estado no debe concretarse a enviar hombres y dinero a la guerra. Es preciso que considere además como traidores a la patria a los que abusan de la candidez de los infelices labriegos que van a morir por ella, y castigue pronto y bien a cuantos pongan el menor obstáculo al fin común, altos y bajos, chicos y grandes, a los que negocian con la recluta y con los embarques y con las contratas de provisiones.

No es justo que el sacrificio de los más sirva para hacer el caldo gordito a los menos.

Y estos detalles menudos parece que no, y pueden influir en los sucesos notablemente, porque no estaría de más que se convencieran los enemigos de la nación, claros ó encubiertos, de que estamos decididos a todo.

Ahora que la minoría carlista, en un arranque de energía viril, se ha retirado de las Cortes, es la ocasión de desagradarla tomando algo del absolutismo en lo que tiene de saludable.

Es decir, en no pararse en barras y apelar a todos los medios para barrer a la gentuza.

No puedo menos de tomar nota del siguiente telegrama del general Blanco:

«Los jefes rebeldes son en su mayor parte autoridades municipales y personas prominentes del pueblo.»

«Tómala en brazos! Eso es lo mismo que estaban anunciando aquí varios paisanos distinguidos, que no tenían obligación de estar en antecedentes; y V. E., capitán general del Archipiélago, con facultades omnímodas y casi absolutas sobre esas autoridades que conspiraban, no se había enterado hasta ahora.»

Lo cual no quita para que se elogie la previsión y el celo de V. E.

Tenemos otra como la de Cuba.

Los insurrectos, batidos, dispersos, desorganizados, próximos a disolverse a cada paso, sitian poblaciones y se parapetan de un modo que...

«Reconocidas posiciones, resultan de gran fuerza y no parece prudente empeñar sobre ellas un ataque con la escasa fuerza de que hoy dispongo.»

A pesar de lo cual la primera autoridad militar *no cree necesarios refuerzos.*

Así empezamos en la Gran Antilla.

Lo único que consuela es esto:

«Acaban de ser pasados por las armas cuatro rebeldes, condenados a la última pena por el Consejo de guerra.»

Ese es el camino. Aunque nos parecen pocos, naturalmente.

Ahora lo que hay que procurar es que no coma el ministro de Estado con el cónsul japonés, pongo por ejemplo; porque corremos peligro de entablar unas relaciones tan amistosas como las que nos unen a los Estados Unidos y de que no se pueda fusilar a nadie.

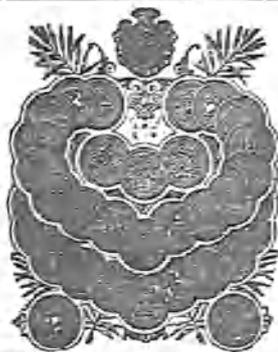
Nuestro gozo en un pozo.

«Dícese que las tropas recién llegadas (a Cuba) salen inmediatamente para Las Villas a reforzar la trocha de Ciego de Ávila.»

Los tácticos de café habíamos creído *¡oh candidas avecillas!* que los refuerzos iban a lanzarse sobre Maceo para limpiar la provincia de Pinar del Río.

Pero, como no sabemos una palabra de estrategia, no habíamos comprendido que estarán muchísimo mejor *nurtiendo* las trochas.

¡Qué ignorantes somos, Dios mío!



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1837

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS

8 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

1.ª RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.— Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.— Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.— Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones a fin de mes, y se suspende el paquete a los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.